Me dicen el clandestino

Migrantes de otro mundo

MARÍA TERESA RONDEROS

(dirección editorial)

CAMILO JIMÉNEZ SANTOFIMIO

(edición)

Centro Latinoamericano de

Investigación Periodística (CLIP),

Aguilar, Bogotá, 2021, 284 pp.

CADA DÍA, de ocho de la mañana a seis de la tarde, la patrulla fronteriza del condado de San Diego, en California, ve pasar a mexicanos, venezolanos, chinos, haitianos, cameruneses, colombianos, y todos los miran como pidiendo clemencia. Ese es el rasgo que los caracteriza, unifica. No que sean mexicanos, venezolanos, caribeños o africanos, sino que se saben descubiertos. Es simple, son migrantes irregulares. Los patrulleros no tienen idea cómo son las cosas en sus países, pero en California, por lo menos, son claras. Y pueden ser justas, incluso. Cada quien tiene una historia diferente en su experiencia migratoria. Si los aventureros no han hecho nada, si no llevan nada raro en los morrales, si no tratan con drogas ni su familia tampoco, si no planean nada peligroso contra los Estados Unidos, entonces puede que no haya de que preocuparse. Si los astros se alinean y los jueces provisionales son considerados, el proceso legal de permanencia puede comenzar a andar. Todo habrá valido la pena.

Las cosas no cambian en Europa. Las tensiones que rodean la única frontera europea en África continúan. Son tenaces. Melilla y Ceuta, dos ciudades españolas situadas en el norte de Marruecos, se han convertido en el enclave de miles de migrantes que arriban cada año; muchos huyen de los conflictos armados, y otros son perseguidos políticos que buscan el estatus de refugiados ante la Unión Europea. En 2022, por ejemplo, cientos de hombres y mujeres intentaron escalar la malla de cinco metros de altura que separa a Melilla del continente africano. Algunos lograron la hazaña, otros fueron bajados a golpes por la patrulla marroquí. Otros desesperados se lanzan al mar Mediterráneo, como el niño Aylan Kurdi, cuya instantánea

desgarradora recorrió las portadas de medio planeta. Y es inevitable preguntarse: ¿en qué momento el mundo se convirtió en un marea de expatriados? Además, ¿esos migrantes irregulares son el rostro de las víctimas en el mundo contemporáneo? Y sin ir más lejos: ¿cuánto tiempo pasó desde que el periodismo asumió un discurso moralista? “¡Tenemos derechos!”, dicen muchos expatriados en sus descargos. Pero la cosa no es tan simple. Después de la Segunda Guerra, la decadencia del Estado nación no se hizo esperar. Se preguntaba Hannah Arendt si esa decadencia fue la antesala para el surgimiento de los apátridas y sus consecuencias, que hoy vemos en la pantalla del televisor o en proyectos como *Migrantes de otro mundo*, dirigido por María Teresa Ronderos.

¿Por qué nos cuesta tan poco meternos en la piel de los prejuicios?, se pregunta Ronderos, en tono muy serio. Ella se responde, dando luces sobre el proceso de este reto investigativo: “Queríamos invertir esa visión xenófoba mirando por el revés esas mismas palabras: *de otro mundo*, en inglés, *alien*”. Y agrega: “Al final, la globalización no solo los expulsa, también los hala” (p. 17). Ellos –los turistas del primer mundo– miran a los africanos y asiáticos que hablan de una manera extraña y ese encuentro de diferencias los extrapola en un juego de mundos. ¿Quién demonios es el raro? Se temen y se necesitan, la única certeza es que los migrantes están impregnados de siglos de racismo y de aporofobia, dice Ronderos.

Nos encontramos en una coyuntura en la que todo está en proceso de redefinición. Eso incluye, por supuesto, las fronteras nacionales. Hay momentos en que esas redefiniciones se intensifican y se visibilizan. Hace unas semanas no más, se anunció que los nacionales colombianos podrían viajar a Inglaterra sin visa. Entretanto, una nueva caravana migrante partió del sur de México con la esperanza de ingresar al territorio norteamericano, y a ver cuántos se echan para atrás. Y en esas estamos, atentos a la crisis de tres palabras que cimentaron el mundo actual: Estado, nación y territorio.

Migrantes de otro mundo es el nombre de un proyecto en el que trabajan más de cuarenta periodistas del

continente americano. Dice Ronderos que el título es deliberado; choca porque parece que no hablamos de habitantes de este mundo, sino de una plaga de *alienígenas*. Ese es uno de los puntos transversales que vemos abrirse, como una flor carnosa, en cada uno de los veinte reportajes que conforman el libro, publicado de común acuerdo por el Centro Latinoamericano de Investigación Periodística (CLIP) y el sello editorial Aguilar. Las cuatro partes en que está dividido corresponden a la hoja de ruta migratoria en el plano americano: Sudamérica, Darién y Centroamérica, México y Norteamérica. El texto del periodista paisa José Guarnizo –*Veintiuna tumbas sin nombre*–, narrado desde un municipio fronterizo entre Colombia y Panamá, es de una belleza trágica, un reflejo de la vida de los sin tierra. Veamos:

El bebé tenía algo más de un año.

Su cuerpo estaba bocabajo sobre la arena mojada. Al fondo, se asomaban los riscos de piedra y la densa selva del trópico. Llevaba una chaqueta de jean y botas de caucho, y estaba solo, a diez mil kilómetros de la República Democrática del Congo, donde había nacido. (p. 93)

Más adelante:

Un día después del naufragio, se vieron los primeros cuatro cuerpos flotando en el mar. Fue el mismo día en que apareció el bebé en la playa. Con la ayuda de un grupo de pescadores, unos soldados de la Armada y unos policías rescataron los cadáveres. El miércoles enviaron a Acandí los restos de diez niños y nueve adultos, y dos fragmentos de cuerpos humanos [...] envueltos en bolsas blancas, que avanzaban a lomo de mula hacia un pequeño cementerio. (p. 98)

Los días pasan lentos para muchos migrantes estancados o detenidos. Las caras, las preguntas y los gestos de los agentes fronterizos son siempre los mismos. No se pueden mover de su lugar porque detrás vienen decenas, cientos, miles. La travesía al corazón del imperio es un canto a la valentía y la paciencia, nadie lo objeta, pero también se convierte en una imagen de la que muchos se quieren apropiarse; o peor aún, los apátridas terminan por

PERIODISMO		RESEÑAS
<p>convertirse en víctimas profesionales que viven de enseñar sus sufrimientos. Diría Carlos Granés que es puro marketing para tiempos de la economía de la atención: redes sociales, youtubers, diez minutos de escándalo, corrección política. Un mundo infantilizado que consume imágenes como Homero Simpson traga donas en su paso por el infierno. Ese es el juego que nos propone el sistema-mundo capitalista: todos, tarde o temprano, podríamos terminar convertidos en mercancía.</p> <p>Por otro lado, muchos dirán que no es necesario emprender una investigación ambiciosa, como la de María Teresa Ronderos y su equipo, para comprobar que los extranjeros alteran las dinámicas locales, y aun barriales, de nuestras ciudades. Pues nuestro país es un cruce de caminos, incluso el punto de llegada, de millones de personas que huyeron de Venezuela. Y ese peso migratorio se siente, no solo en las relaciones entre nuevos vecinos, sino en las políticas públicas de atención a esta población y en las decisiones tanto macroeconómicas como de economía doméstica. Es una población que se hace sentir en los barrios populares de las ciudades pero también en las noticias que cada día nos llegan de ellos: vendettas transnacionales, desamparo de la población infantil, retroceso en procesos de reciclaje o sostenibilidad ambiental. Son los alienígenas de las capitales colombianas, dirían algunos. Y eso, justamente, también es la migración. Pensemos por un momento: si a los países europeos les ha costado tanto vincular a los migrantes sirios, por ejemplo, en términos de adaptación a la cultura ciudadana y el respeto a la ley, que son los pilares de una apuesta por la educación impulsada por los Estados de bienestar desde la posguerra, qué nos espera a nosotros, que hemos relegado la educación ciudadana a un cúmulo de información sin sentido y, peor aún, sin criterio. Quizá esos apátridas que malviven en las calles de Bogotá, Berlín o Nueva York, o que atraviesan la espesura de la selva y el vaivén del mar, no son tanto un problema que se resuelve con una llamada a la policía o al agente migratorio, sino un espejo que refleja lo que está delante de ellos: la civilización infantil de un mundo caprichoso y desbocado.</p> <p>Para finalizar, quisiera presentar los</p>	<p>nombres de los periodistas que participaron en este proyecto de periodismo colaborativo, que teje complicidades y relaciona zonas dispersas, por un lado, y por otro reúne talentos interdisciplinarios, conocimientos dispersos, para ganar visibilidad, profundidad e independencia.</p> <p>Primera parte. Sudamérica: “Desembarco en América”, por Estevan Muniz; “La historia de Nar”, por Laureano Barrera y Sebastián Ortega; “En bus a Estados Unidos”, por Ibis León; “El corredor de los coyotes”, por Mónica Almeida y Paúl Mena; “Mensaje en una ruina”, por Deepak Adhikari y Nathan Jaccard.</p> <p>Segunda parte. El Darién y Centroamérica: “Veintiuna tumbas sin nombre”, por José Guarnizo; “Muerte o libertad”, por Juan Arturo Gómez y Eduardo Contreras; “No soy un coyote, soy un guía”; “Mamá África”, por Noelia Esquivel; “He elegido quedarme aquí”; “Los peregrinos del Triángulo Norte”, por Suchit Chávez.</p> <p>Tercera parte. México: “El campamento de los apátridas” y “Naufragio en Chiapas”, por Alberto Pradilla; “Deportados, de vuelta a casa”, por Nathan Jaccard, Ushinor Majumdar y Manno Wangnao; “¿Quién dejó morir a Manpreet?”, por Lilia Saúl Rodríguez.</p> <p>Cuarta parte. Norteamérica: “Una aldea llamada Maryland”, por Maye Primera; “Dolor y gloria”, por Gerardo del Valle; “No olvido que hay una lucha pendiente”, por José Pele Messa.</p> <p style="text-align: center;">Fernando Salamanca</p>	